

El microbús

a Rosemarie Kautsch

Eres libre. Puedes vivir ahora.

"Superior Stabat Lupus" – Luigi Pirandello

1

¿Qué era lo que lo había dejado allí tendido sobre la arena caliente de la playa como si fuera un bulto lleno de desperdicios, así, sin más? Los ojos de González veían el calmo oleaje del mar, lo celeste viniendo hacia él yéndose y marchándose como si lo hiciera acercándose. Y ese olor tan penetrante, ¿por qué la sal lo mareaba aún más que el mismo sonido monótono del océano? González creía tener la boca llena de ceniza, imaginaba su saliva negra, la sentía amarga. Su mente era un inmenso papel blanco puesto contra el sol que cegaba sus pensamientos. Su memoria era una estatua invisible, llena de formas y recovecos irreconocibles, ocultos. ¿Dónde estoy?, se decía, la boca le dolía, ¿dónde estoy?, no podía moverse, su cuerpo rígido era casi una piedra, ¿dónde?, parecía ser que su propia desesperación era lo que agitaba sus cabellos, no había viento: había miedo flotando en la atmósfera, ¿dónde estuve? Y ese dolor, un dolor que lo doblegaba, un dolor que sentía en todos sus huesos, apretándolo, luchando por empequeñecer su cuerpo, tenía la misma esencia de la ceniza.

Lo que él no sabía era que nada de lo que tuviera guardado en su desvanecida memoria podría servirle ahora, en este preciso momento lleno de desesperación, desconcierto y dolor físico. Y es por eso, por no saber, que luchaba consigo mismo hasta transpirar un sudor rojo en su esfuerzo por recordar. Pero no lograba nada, a decir verdad, no había manera alguna de lograr algo. Su batalla era inútil: guerrear contra una piedra. Casi contra sí mismo.

2

El último día de González lejos de este océano y que él mismo nunca recordará, fue un jueves de fines de noviembre. Se despertó a eso de las cinco de la madrugada, asustado, después de haber sido atosigado casi toda la noche por una terrible pesadilla en la que moría cada vez que volvía a nacer de una manera cada vez distinta. Sentía piedrecillas en la lengua, piedrecillas con sabor a ceniza. Corrió a lavarse la cara con agua helada y cuando se vio en el espejo no pudo evitar decirse: hoy moriré, pero pronto rió de su ocurrencia. No, no, no. Alguna vez, antes de este jueves, se había dicho lo mismo y, por supuesto, su muerte no había ocurrido.

Volvió a acostarse, con desgano, con profundas ganas de dormir y sin poder hacerlo. Cerraba sus ojos y luego los abría de nuevo. Su almohada parecía tener espinas y quizás eso fue lo que lo impulsó a arrojarla fuera de la cama, al suelo. Entonces, el teléfono timbró seis veces y González las contó una tras otra. Pero no quiso contestar. De pronto el teléfono calló, provocando una avalancha de silencio que casi lo ahoga. Sin embargo, volvió a timbrar, con paciente persistencia. Cada nueva timbrada penetraba en sus oídos como un clavo lo intenta hacer sobre la superficie del más duro metal. Se levantó, no

pudo resistirlo más. Cogió el auricular y, cerrando los ojos, sintió el inmenso peso de una roca siendo sostenida por su cráneo. Escuchó una voz opaca, de mujer vestida de negro en un mundo muy distante. La voz le decía que A. S. había muerto durante la noche. Que no sabía a quién más llamar. Que contrariando las costumbres deseaba enterrarlo de inmediato. Que vengas a casa. Que perdones por haber llamado tan temprano. Que no sé qué hacer. Espera, le dijo él con la voz seca, casi rasposa, no te apresures, espera a que yo llegue. No hagas nada que A. S. no haría. González colgó el auricular inquieto. Todo alrededor de él era oscuridad. Oscuridad y frío. Esperaré a que amanezca, dijo a través de un murmullo. A pasos lentos se dirigió a su cama, que rechinó al recibir su cuerpo pesado como si estuviera lamentándose.

La noticia de la muerte de A. S. lo había apesadumbrado, pero no tanto como para arrebatarse el sueño. Las fuerzas de las ganas de dormir seguían intactas, tal como la capacidad de su propio insomnio para impedirlo. A pesar de todo, recogió con una mano la almohada que había aventado al suelo y retornó al ejercicio de procurar permanecer quieto y cerrar los ojos imaginando estar dormido. La voz de la mujer que lo había llamado aún retumbaba dentro de las paredes de su cráneo. Se hacía cada vez más violenta, más desesperada. Pronto empezó a retumbar dentro de las paredes de toda la casa. Una casa grande y vacía, que solamente González habitaba. Una casa como un inmenso cráneo vacío. Comenzó a recordar a A. S. y su larga enfermedad, todos los meses que había estado postrado en cama esperando por un fin que no llegaba nunca. Viejo amigo. Tu muerte no me alegra, por supuesto que no, me da paz. Tu propia paz por saberte muerto. Recordó su rostro pálido, su cuerpo empequeñecido y el sonido de su tos destartalada. Pobre Amalia. Te extrañará. Será mejor que vaya de una vez. Pero había algo que lo ataba a su propia cama, una fuerza que él desconocía y que no sabía a qué atribuir. Abrió los ojos súbitamente. Vio la oscuridad y se vio ineludiblemente

inundado por ella. Dijo algo en voz alta: luces, y no fue capaz de escuchar su propia voz. Un calor gélido lo cobijaba. Cerró los ojos y no volvió a abrirlos más. Por fin.

Despertó con los ojos abiertos, es decir, como si no los hubiera cerrado durante toda la noche. Sentía sus párpados adormecidos y cuando quería parpadear o lagrimear, simplemente no podía hacerlo, todo estaba muy seco. La luz brillante del sol iba acuchillando las sombras que pululaban por los suelos de la casa. Es muy tarde ya, se dijo saliendo de la cama y recordando el hecho de la muerte de A. S., ¿o todo no habrá sido más que un sueño juguetero? Fue hacia donde estaba el teléfono con presteza y lo encontró descolgado. Lo colgó y se dijo: todo podría ser posible. Entonces parpadeó o creyó, al menos, hacerlo y se sintió inundado por una súbita marea de tranquilidad. Debería ir a casa de A. S. para cerciorarme de que todo está bien, y decía esto porque no recordaba incluso sus propias obligaciones y porque no quería aceptar que no las recordaba, le tenía miedo a esta probable aceptación. Se vistió apresurado con ropas negras, de luto, y pronto salió de la casa vacía. No desayunó, se olvidó de hacerlo, extrañamente no tenía hambre alguna aguijoneándole el espíritu.

Había un clima común palpitando en la atmósfera de la ciudad montañosa: un viento frío batallaba por permanecer ante la rara violencia de los rayos del sol, que parecían estar hechos de aire también. González observó casi al descuido las nieves inmovibles del Illimani y se sintió observado por un gigantesco monstruo hecho de hielo, se sintió congelado pero sin sentir frío alguno bajo sus prendas. Pronto el cielo celeste, sin nube alguna, pacificó su sangre dándole calor a su piel, un calor que no sentía pero que creía sentir. Hace frío y calor. Hace nada. A medida que iba bajando las

calles para conseguir transporte, más sentía un extraño aroma a pólvora y más oía gritos desaforados y que, desde donde él estaba, nada significaban. Es temprano en la mañana, afirmó para sí, esto no puede ser, refiriéndose a las habituales marchas de protesta, esto no puede ser, y de pronto cayó en cuenta de que al salir de casa no se había fijado en el reloj, revisó sus muñecas, luego sus bolsillos, y con susto se dijo: no traje mi reloj, con mucho susto, porque, desde que su padre se lo regaló hacía muchos años ya, no había día que lo olvidara. Esto es lo único que importa, le había dicho su padre refiriéndose al reloj de pulsera que le entregaba, lo único que podrá decirte *estás aquí, vivo* y a lo único que podrás creer cuando te lo diga; el tiempo es lo que nos hace seres humanos, el saber que hay un algo que se fue y un algo que vendrá. Pero ya era demasiado tarde para volver tras sus propios pasos hasta la casa en pos del reloj.

Cuando sólo faltaba una cuadra para llegar al paseo de El Prado, una detonación violenta le hirió los oídos. No habían personas por donde él caminaba. Se detuvo y aspiró el aire para ver si habían rastros del gas lacrimógeno que suele usar la policía como repelente de disturbios. No había gas. Decidió seguir caminando y se paró en la esquina de la calle Colombia. Necesitaba algo que lo llevara a la zona sur, a Cota Cota, donde vivía A. S. Las calles estaban desiertas pero aún así se podían oír los gritos mas no descifrar su significado. Eran gritos excesivamente llenos de nada. Decidió continuar caminando, hacia arriba, hacia la Pérez Velasco. Ascender para después descender. Entonces, una multitud empezó a correr por el camino que él transitaba. Creyó que no le quedaba otra alternativa: corrió junto a ellos, fue partícipe de la estampida. Varias personas gritaban o vociferaban mientras corrían, él no. Vio varios minibuses repletos pasar con suma lentitud. Pronto llegó a la Pérez Velasco y la multitud fue disipándose poco a poco. Todo era muy confuso: no podía verse qué los había hecho correr tanto. Habían muchos automóviles del transporte público parqueados, unos iban a la ciudad de

El Alto, otros a Miraflores, a Sopocachi, a Tembladerani, a Villa Fátima, pero no había ninguno que se dirigiera a la zona sur. Agitado por la carrera, se detuvo a esperar. Mientras esperaba se dio cuenta de que el aroma a pólvora iba siendo sustituido por uno a ceniza, pronto la ceniza se adueñó del sabor de sus labios. Un microbús viejo, pintado de amarillo y negro, y cuyos letreros decían dirigirse a la zona sur, fue aproximándose con lentitud. Estaba vacío de gente. El primero en subir fue González. Dentro del bus no podía percibirse el olor a ceniza y esto consoló sus sentidos abatidos en gran medida. Fue a sentarse al fondo, hasta el último asiento, a la derecha y junto a la ventana. Un trueno resonó en el cielo boliviano.

El micro avanzaba muy lentamente. Varias personas que caminaban por doquier, personas que probablemente pertenecieron al destruido bloque de protesta, obstruían la posible fluidez del recorrido. González no se sentía inquieto: ni apresurado ni desesperado, era como si hubiera olvidado adónde tenía que llegar. De hecho, ni siquiera recordaba los motivos por los cuales estaba ahora acomodado en ese asiento del bus dirigiéndose a la zona sur. Esto es extraño, se decía y pronto se había olvidado de por qué se había dicho eso. Su memoria acababa de convertirse en un líquido que se escabullía de entre sus dedos.

En principio subieron cuatro personas además de él, todos varones; al parecer un viejo padre acompañado por sus tres hijos adultos. Fue el padre quién pagó con varias monedas de níquel que el chofer iba acomodando en su portamonedas de madera. Se sentaron en la fila opuesta a donde estaba González y comenzaron una charla animada en la que él no estaba dispuesto a husmear. Fijó su atención en el chofer y no pudo

recordar si es que le había pagado al subir. Supongo que sí, se dijo, sino no estaría aquí, pero no había en su mente imagen alguna que le dijera *sí, sí pagaste*. Visto por detrás, el conductor le parecía a González alguien de aspecto siniestro. No tenía muchos cabellos, una incipiente calvicie estaba a punto de ganar la batalla contra una juventud ya desvanecida. A través del espejo retrovisor vio que las cejas del chofer se mantenían intactas y los ojos que estaban detrás de los lentes le parecieron extremadamente pequeños. González cerró sus propios ojos, extrañado, dudando, ya no se acordaba de por qué había decidido comenzar a escudriñar la imagen del conductor. Estoy empezando a sentirme cansado.

Fue entonces cuando se desató la lluvia. No era una lluvia cualquiera, era una lluvia muy estable en su furor. No había viento que se atreviera a empequeñecerla ni calor alguno que consiguiera aplacar su descontento. Y González no sentía frío. Varias personas, a consecuencia de la lluvia, habían decidido subir al bus, veloz, atropelladoramente. El micro era uno de los refugios más seguros para huir de la tempestad.

El bus empezó a andar con mayor velocidad. Ya transitaba la avenida Mariscal Santa Cruz y no todos los asientos estaban ocupados. González miraba todo sin detenerse en nada: la oficina de correos, los kioscos, los transeúntes mojándose, algunas tiendas de ropa, la ferretería Avaroa, múltiples escaparates, una librería sin nombre, la bombonería Chocolandia, los monumentos y fuentes que adornan el paseo de El Prado. A la altura de la chocolatería, subió al bus un joven tomado de la mano de una muchacha y con un charango al hombro: se sentaron en la misma fila donde estaba sentado González pero al fondo hacia la izquierda. Luego subió un hombre viejo, que caminaba con los ojos semicerrados y dejaron de haber asientos libres. El micro pasó frente a la Biblioteca Municipal y la Universidad a mucha velocidad, haciendo salpicar algún charco de agua

sobre cualquier escaparate. Un relámpago partió el cielo poblado de nubes oscuras por la mitad. González vio que una nube se parecía demasiado, excesivamente, a un buitre, tan sólo le faltaba el color y la vida para hacer de ella un monstruo temible. El microbús se detuvo una vez más, esta vez sobre la avenida 6 de agosto y por fin se llenó por completo.

–Espero que ahora se apure –dijo González en un murmullo y el que estaba sentado junto a él asintió sin mucha animosidad y se acurrucó en su asiento.

Una noche precoz descendió sobre todo alrededor. Y aunque el hecho de una noche adelantada era de por sí muy sorprendente, González no se inmutó. A ninguno de los pasajeros pareció importarle demasiado este acontecimiento tampoco, tal como si estuvieran por demás acostumbrados a noches repentinas que invaden tardes lluviosas. El cielo boliviano, además de invadido por la lluvia, estaba ahora oscurecido también.

El hombre viejo que había ocupado el último asiento libre se apresuró a hablar. Comenzó musitando incoherencias, palabras que no conectaban unas con otras y monosílabos que muy poco significaban. González pensó que acaso estaría ebrio. No quiso prestarle atención alguna pero fue inevitable hacerlo cuando el viejo se puso a instar al joven del charango a que empiece a tocar algo. El joven hizo primero un mal disimulado gesto que quería asemejar un no rotundo para luego tomar entre sus manos el instrumento y empezar a fabricar música. El viejo aplaudió de puro contento. Las personas que abarrotaban el estrecho pasillo del bus dirigieron sus ojos hacia el improvisado concertista. El joven, con mucha habilidad, comenzó tocando una triste melodía potosina. Nadie se atrevía a hablar. González mismo casi no pensaba en nada.

Otro hombre viejo, de uno de los asientos de adelante, quiso cantar y cantó una canción que entremezclaba palabras en quechua y en español.

–Esto sí que es música –decía el viejo que había animado a tocar el charango al joven
–¡cómo duele ser boliviano!

–¡Antofagasta! –gritó el otro viejo, el que cantaba, que sí estaba muy borracho, esta vez cambiando de tonada –¡tierra hermosa!, ¡Tocopilla, Mejillones, junto al mar!, ¡con Cobija, y Calama...! –y súbitamente su canto, tras ir debilitándose poco a poco, cesó, al parecer se había quedado dormido de repente.

–Ahí tienen –dijo otra voz, escondida entre lo oscuro.

–Hace frío –una mujer madura –mucho frío.

González se había puesto a pensar en la música en sí, en su esencia. En cómo hacía el joven para sacar las distintas notas del charango. Duele, se decía repitiendo lo que había dicho la melancólica alegría del viejo, todo esto duele. Y González no pudo recordar el por qué de su vestimenta negra ni qué era lo que tanto le dolía. Entonces se dedicó a pensar en los quirquinchos, esos pequeños animalitos que viven en las extensas explanadas que hay en este país y con cuyos caparazones suelen hacerse la caja de los charangos. Dolor, dolor, se decía él. Era inútil, no podía concentrarse en nada. El joven seguía tocando melodías bolivianas y a veces se animaba a acompañarlas cantando. Todos los pasajeros, al finalizar cada canción, aplaudían lúgubres, como si lo hicieran con manos heridas, sangrantes, lastimadas por un fuego invisible y, quizás por ello mismo, indestructible.

El primero que bajó del bus fue el hombre viejo de mirada torva, el que instó a tocar al joven del charango. La lluvia no había cesado. González se dedicaba a contemplar el paisaje que le regalaba su ventana. Ni siquiera se dio cuenta de que el bus paró para que el viejo descienda. La música del charango continuaba, como invisible fuego indestructible, acechante como una fiera silenciosa.

En el asiento donde había estado sentado el viejo, muy cerca de González, se sentó una mujer gorda que hablaba con quien parecía ser hija suya, una adolescente que permanecía de pie y que asentía a todo lo que la mujer sentada expresaba. González, al percatarse de la presencia de la adolescente, abrió los ojos con sorpresa y le puso un nombre: Salomé. Se esforzó por recordar algo relacionado a este nuevo nombre y a la muchacha que tenía ante sí pero su memoria no respondía a la desesperación de sus llamados. Salomé, decía, mírame, mírame, con la esperanza de que ella fuera capaz de reconocerlo. Salomé no se volteaba. Y González se sentía desecho por la pura impotencia de no poder recordar. Entonces, bajó otro pasajero, un señor muy elegante y que, mientras caminaba hacia la puerta, no podía evitar toser mucho. González lo siguió con la mirada, quería apartarse de la imagen de Salomé. Allí fue cuando González de percató de que sucedía lo inexplicable: vio atravesar el umbral de la puerta de salida al señor de traje elegante pero no lo vio caminar afuera, sobre la acera. Era como si hubiera desaparecido apenas cruzado el umbral. No, no, no, mi vista me engaña. Estoy mal. Muy mal. Tal vez enfermo. Salomé continuaba hablando con la mujer, su voz no intentaba ser melodiosa ni seguir ritmo alguno, pero para González era el mejor canto para las notas que imponía el charango. A la altura de la calle 17 de Obrajes bajaron muchas personas y González creyó que sería la ocasión propicia para vencer sus miedos, para confirmar que su imaginación era traidora y deleznable, que tan sólo estaba jugándole una mala pasada. Fue defraudado, sus ojos no vieron nada nuevo, es

decir, nada lógico: persona que bajaba los dos peldaños que anteceden a la puerta y que cruzaba el umbral no aparecía en la acera, simplemente desaparecía. González no quiso mostrarse perturbado pero no pudo contener una gruesa gota de sudor que rebalsó de su acalorada sien derecha. Cerró los ojos y trató de convencerse: me duele la cabeza, pero la verdad era que no le dolía nada. Me duele la cabeza, me duele la cabeza.

Me duele la cabeza, entonces, como aparición celeste y repentina, los ojos de Salomé quisieron mirar hacia los ojos de González. Fue una mirada fugaz, cuyo recuerdo no tardó en evaporarse. González se sintió súbitamente contento y ni siquiera se dio cuenta de que se había olvidado de las personas que bajaban del bus y de su inesperada desaparición. No despegó los ojos de Salomé. Procuró imaginarla en mil situaciones diferentes, sentía conocerla de toda la vida. Afuera continuaba lloviendo, con la misma furia con que había empezado, con la subjetiva promesa de jamás escampar. Una de las situaciones que González imaginó fue la siguiente: Salomé y él, completamente desnudos, en medio de un jardín de árboles frutales, caminando bajo un sol amable. Al principio se sintió un poco avergonzado por esta idea pero luego llegó a parecerle ridícula en extremo. Estoy volviéndome loco. Decidió, creyendo haber visto el claro peligro de descender hacia la locura, dejar de pensar en Salomé y cualquier otra situación que la comprometiera y, para tal fin, se dedicó a no despegar los ojos del paisaje del camino que iba recorriendo el microbús.

Fue una fuerza desconocida la que lo obligó a ponerse de pie y salir de su asiento. La parte trasera de uno de sus muslos estaba adormecida, hormigueante. Salió con cuidado, lentamente. Salomé le hizo espacio y, cuando González pasó junto a ella, ella sorprendentemente le tomó de la mano con suavidad sensual, con cierto cariño, con candor. Fue una acción que González no esperaba y que le maravilló. Luego de eso, empezó a sentir de nuevo el inconfundible olor de la ceniza y el sabor a ceniza se

apoderaba de la saliva que bañaba sus labios. Pronto Salomé ocupó el asiento libre y en sus expresiones no había nada que pudiera remitir a lo sucedido. González decidió seguir su camino. Las personas del pasillo parecían haberse multiplicado, le resultaba muy difícil pasar entre ellas. González tenía la mente en blanco, actuaba como si fuera un autómatas, ya hasta había olvidado el suave roce de las manos de Salomé. Cuando ya estuvo muy cerca del conductor, éste le preguntó:

–¿Baja? –y González tan sólo asintió tímidamente.

El microbús se detuvo y mientras descendía los dos pequeños peldaños tuvo una visión como un relámpago, todos sus recuerdos se agolpaban, desesperados por escapar de una cárcel desconocida dentro de su propia mente: la llamada de Amalia anunciándole la muerte de A. S., el no haber ido hoy a la escuela donde trabajaba de profesor, hoy debía visitar a su anciana madre también, recordó a Salomé que en realidad no se llamaba Salomé sino Eva, recordó a los pasajeros que desaparecían tras atravesar el umbral de salida, recordó su hambre también. Y quiso no descender, temía desaparecer, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Dando un paso dubitativo cruzó el umbral de la puerta de salida del bus y así fue como llegó a este océano. El olor a ceniza se había hecho repentinamente insoportable.

Salomé, que en realidad se llamaba Eva, vio, a través de la ventana, que González descendía del bus y cuando quiso verlo sobre la acera, descubrió sorprendida que no había rastro alguno de él, que había desaparecido.

El microbús continuó su marcha, imparable, implacable.

Cuando González despertó, tendido sobre la arena de la playa, no tardó en descubrir que su memoria había desaparecido. Sintió terror y miedo agitando sus huesos endebles.

Había algo, una fuerza magnética y tal vez cósmica, que empequeñecía su cuerpo y, al empequeñecerlo, no podía evitar lastimarlo. González sentía un inmenso dolor que aplastaba sus huesos.

De repente, sin anuncio previo, todo el panorama se trastornó. Una tempestad empezó a azotar el océano. Se escuchaba una tormenta rugiendo varios kilómetros mar adentro. González temblaba de miedo y de dolor. De mareo, de sabor a ceniza sobre la lengua. Pronto el mar, ya no celeste ahora plomizo, empezó a invadir la playa y con ella invadió a González también. Él no podía hacer nada por evitarlo, cualquier reacción suya sería vana, inútil. No, no, decía e instintivamente, con los brazos extendidos y sus uñas haciendo un esfuerzo increíble, luchaba por aferrarse a la superficie. Sin embargo, el mar bravío era mucho más fuerte que cualquier nimio intento de sublevación propiciado por un pequeño ser humano. Finalmente, González, cansado, se dejó llevar y el mar furibundo lo arrastró hacia sus entrañas utilizando un remolino. González se sintió morir y el dolor lo emborrachaba de escalofríos, sus huesos estaban siendo compactados con mucha violencia. Llegó al final del remolino y, en lugar del fondo terroso del océano, encontró una luz, una tenebrosa nueva luz. Algo lo empujó hacia esa nueva luz y lo sacó de allí, alejándolo del mar y del remolino, y ya era demasiado tarde para intentar hacer cualquier cosa, y ya era demasiado tarde para un último intento de rebelión: había nacido de nuevo.